

**LA CONCIENCIA PROFESIONAL
EN EL EDUCADOR**

Agustín ALONSO, S. M.
Madrid

Maledictus qui facit opus Dei fraudulenter.
(Jer., 48, 10.)

Nos repugna pensar que en el desempeño de su oficio de carpintero, San José y Jesús hicieran lo que tanto se estila hoy día : no cumplir los compromisos adquiridos ; hacer los trabajos en forma negligente y expeditiva ; exigir pagos abusivos o no convenidos ; y tantas y tantas trapisondas como hoy se cometen, porque la moral está en baja, porque hay poca conciencia profesional. Y esto se da en toda la gama de profesiones humanas, incluso en las más delicadas y espirituales. Así, hay abogados que mantienen indefinida e intencionadamente pleitos irresolubles, cobrando por ellos fuertes minutas ; médicos desaprensivos que prolongan las enfermedades de sus clientes, jugando así con sus vidas y esquilmando sus fortunas y espirituales. Así, hay abogados que mantienen indefinida e campean la turbiedad y la infamia. Y nosotros educadores, profesionales especializados en el *ars artium* del cultivo de las almas, forjadores de los hombres del mañana, ¿sentimos con hondura la responsabilidad de nuestra misión ?

En las obras de Dios, como en las empresas humanas, tanta categoría tiene el apóstol, el profesional, el obrero, como fue su preparación, su aprendizaje, su formación humana y técnica.

No se improvisa nada ante el trabajo. Uno rinde en función de la formación que lleva. Y si importante es la formación de un especialista en cualquier actividad humana, ¿qué habría que decir de la preparación del educador?

Que mediten con frecuencia los jóvenes (ya próximos educadores) en las bellísimas palabras del Salmista: "Como árbol plantado en la ribera del río, dará su fruto a tiempo" (Salmo 1). Ciertamente, al joven le devoran las inquietudes, le desasosiegan las prisas. Tenga paciencia y fórmese, que el tiempo de gastarse en servicio de los demás le llegará. Aproveche ávidamente los años de formación. Que no pueda decirse a los jóvenes de hoy lo que un autor moderno pone en boca de un anciano diligente dirigiéndose a un muchacho perezoso: "Dame esos veinte años, si no sabes en qué emplearlos." Al contrario, que quienes viven ya su edad madura, miren con satisfacción a los jóvenes que vienen, porque traen empuje, formación y sentido de responsabilidad. Que quienes van delante tengan fe en quienes vienen detrás, porque los relevos vienen bien equipados. Todo esto dará fe, confianza y tranquilidad a quienes en el servicio de Dios y de los hombres gastaron ya sus vidas.

1.—NATURALEZA DE LA CONCIENCIA PROFESIONAL

La noción de conciencia es harto conocida para que haya necesidad de analizarla. Así decimos que es una voz interior, el eco en el fondo de nosotros mismos de la voz de Dios. Esta concepción de orden místico es filosóficamente más exacta de lo que parece. También decimos que la conciencia es la luz de la inteligencia, por la que distinguimos la verdad del error, el bien del mal. O que es algo imperativo que nos dice lo que debemos hacer o no debemos hacer en cada caso concreto.

¿Y la conciencia "profesional"?

Es la misma conciencia —única en nosotros—, como lo es la inteligencia el corazón o la voluntad, y que llamamos profesional cuando nos lleva a cumplir con aplicación, fidelidad y honradez los deberes que nos impone nuestra profesión.

Unos ejemplos concretos, mejor que otras consideraciones, harán comprender esta noción de conciencia profesional.

Un poeta contemporáneo hace entrar en escena a un obrero metalúrgico que elabora una pieza de hierro. Cuando la tiene casi terminada, observa en la pieza un fallo de construcción. El obrero concienzudo hace otra pieza nueva. Pero el poeta se complace en seguir a la pieza defectuosa, que entra en la construcción de un puente de ferrocarril. Si la pieza defectuosa se hubiera empleado, la catástrofe habría sido segura. Es un ejemplo puramente imaginario con el que el poeta ejemplariza, resaltando las posibles consecuencias de una negligencia profesional.

Pero tomemos un ejemplo de la vida real. Es un estudiante de

Medicina que se divierte en vez de adquirir los conocimientos de su profesión. A trancas y barrancas termina su carrera, que ejerce con la misma negligencia con que hizo sus estudios. Acude tarde a las llamadas de sus enfermos, los explora mal, no sabe lo que lleva entre manos; diagnostica a ciegas, receta medicinas inoperantes o contraproducentes. Es problema de vida o muerte. Por su incuria profesional sufren y mueren bastantes de sus enfermos.

Ahora es un maestro. También fue descuidado y abandonado en sus estudios. Escaso en conocimientos, corto en formación humana y social, con incultura religiosa. Unas pocas recetas pedagógicas constituyen todo su caudal docente. Da su clase sin competencia. Busca evasiones. Sus alumnos quedan sumidos en la apatía y en la desgana. Sin entusiasmo, sin generosidad ni entrega, le importa bien poco que sus alumnos aprendan o no, que se formen. No es despertador de almas; antes bien, las aburre y las hastía. Jamás hará vibrar a sus alumnos con la irresistible seducción de un ideal; a lo sumo, les hará caminar por senderos de vulgaridad y apatía.

Aquí también es una cuestión de vida o muerte. "El mejor don de Dios al hombre es el alma viviente", dice el autor inglés Wordsworth. Pero Dios necesita de la colaboración del educador, para revalorizar en el hombre esa alma viviente. Y según que el educador comprende o no su deber profesional despertará inteligencias o las dejará en la ignorancia; entusiasmará corazones por la belleza moral o los sumirá en la vulgaridad y en el egoísmo; hará sentir a los jóvenes el ideal religioso o será culpable de que caigan en la frialdad y en la apatía religiosa. Problema de vida o muerte; asunto grave el de la conciencia profesional en el maestro, en el educador, en cualquier catequista.

2.—CONDICIONES DE LA CONCIENCIA PROFESIONAL

a) *Sentido de responsabilidad, con un gran deseo de bienhacer y de entrega.*

El maestro tiene que escuchar en el fondo de su alma el llamamiento anhelante del Señor: "No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo soy el que os elegido a vosotros, para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto sea duradero." (*Juan XV, 16*).

Desde que un maestro es encargado de una clase o de una vigilancia o de una actividad educadora cualquiera, piense que es el mismo Cristo quien le dice: "Vuestro Padre celestial que está en los cielos no quiere que ninguno de estos niños perezca" (*Mateo XVIII, 14*).

Esta buena voluntad se manifiesta por una entrega total, sin reticencias, y una abnegación de sí mismo sin egoísmo, que no considera renunciadas cuando se trata del cumplimiento del deber.

Gracias a Dios existe esta entrega total, en los educadores por

vocación ; no tanto en quienes se dedican a la docencia, más como *modus vivendi* que como profesión. No digamos ya los religiosos. sino que muchísimos maestros seculares están totalmente entregados a la docencia, y colaboran con Dios en la formación de los hombres. Incomprendiblemente ni la enseñanza ni la educación están socialmente valoradas. Por eso es más de admirar a esos hombres y mujeres, seculares o religiosos, que gastan sus vidas en el trabajo callado y humilde de la educación.

b) *Conocimiento de la técnica profesional.*

No basta la entrega generosa a la obra educadora. Incluso puede correrse el riesgo de encubrir una insuficiencia notoria, y una falta de competencia, con lo que se llama buena voluntad.

No basta querer enseñar, hay que poderlo hacer. Querer hacer es bueno ; pero es excelente juntar el querer hacer con el saber hacer. Toda profesión tiene su técnica, que es obligado adquirir por quien la haya de ejercer, si no quiere exponerse a realizar trabajos de calidad baja e inaceptable.

La técnica de la educación exige primeramente un conocimiento bien matizado de la psicología del niño y del adolescente. Se dan palos de ciego, se malgasta mucho tiempo, y se hace sufrir a niños y a jóvenes, por desconocer su psicología. No se puede aplicar a todos por igual las mismas fórmulas. Los resultados que se obtendrían serían mediocres, por superficiales, impersonales y transitorios. No se puede educar a los niños como se cultivan las alcachofas. El trabajo de las almas es individual y personal.

No se manda a la naturaleza sino obedeciendo sus leyes.

Sin duda existe entre los educadores una cierta confusión en relación a la psicología contemporánea, debida en gran parte a la fisiología y a la caracteriología. No hablamos de los maestros fosilizados, que son hostiles por principio a toda novedad ; ni de las cabezas huecas, que creen dar prueba de espíritu moderno arrojando por la borda todo lo que no es nuevo. Los espíritus más ponderados deben sobreponerse a estas primeras dificultades.

Su Santidad Pío XII en varios discursos dirigidos a profesores y educadores insistió sobre el deber del maestro cristiano, de no dejarse distanciar por los demás, en lo concerniente a competencia en la ciencia pedagógica y psicológica.

Existe una literatura masiva sobre la educación. Los sistemas pedagógicos más variados, a veces extraños, se suceden y llaman nuestra atención : la escuela tradicional, la escuela nueva ; el sistema pasivo, el método activo. Sistemas pedagógicos de maestros eminentes : la escuela de Montessori, las escuelas de Décroly, el sistema Dalton, el sistema Winnetka. O son "los centros de interés", los "proyectos y unidades didácticas", o los "complejos rusos", etc.

Los métodos cambian. Hay que tener el instinto de la elección

para no ver en todo sistema nueva una panacea. No se olvide el juicio fino de Leibnitz: "Los sistemas son generalmente buenos en lo que afirman y falsos en lo que niegan." De hecho, cada sistema nuevo lleva una idea interesante, tiene un alma de verdad, una afirmación en suma. Un educador despabilado coge el alma del sistema sin revolucionar lo que existe y negar toda eficacia a los métodos antiguos bien experimentados.

Esto, por lo que se refiere a la pedagogía en general. Pero existe una pedagogía especial. Cada enseñanza tiene su técnica característica. No basta con saber mucho de una materia para ser buen profesor de ella. A veces, una abundancia de conocimientos perjudica a la buena enseñanza. "Más vale tener una cabeza sentada que bien llena" (Montaigne). De un predicador muy sabihondo decía maliciosamente uno de los que le escuchaban: "Se necesita saber mucho para predicar tan mal."

Lo importante en la enseñanza es la manera. Es saber hacer; es saber enseñar. En una palabra, la técnica. Cada uno debe tener la ambición de ponerse al día en lo que enseña: ya sea el abc de un idioma o la literatura del mismo; ya se trate de los elementos del cálculo o de altas matemáticas. Para guiar a los demás hay que conocer a la perfección el camino: el camino de las almas, y la técnica de la materia que se enseña.

La recriminación del profeta Oseas es fortísima: "Porque has rechazado la ciencia, yo te echaré de mi sacerdocio" (Oseas IV, 16).

Mutatis mutandis, lo que Pío XII decía en una ocasión a los sacerdotes, es también aplicable al maestro: "Por el honor de la función que ejerce, y para atraerse como conviene la confianza y la estima del pueblo, que son tan eficaces para su obra pastoral, el sacerdote debe poseer el patrimonio de conocimientos comunes a toda persona culta —aunque no se refieran directamente a las ciencias sagradas—; es decir, que debe ser sanamente moderno, a ejemplo del evangelio, que abraza todos los tiempos y todos los medios, se adapta, bendice y favorece todas las iniciativas sanas y no tiene miedo al progreso más atrevido de la ciencia, siempre que se trate de una ciencia auténtica."

c) *Esmero por una cierta perfección.*

El deseo de la perfección es un sentimiento innato en el hombre, pero sentimiento ahogado. Hay que sacudirlo. La perfección exige atención, esmero y perseverancia en los pequeños detalles, y sobre todo muchas renunciaciones de egoísmo, dejadez y abandono.

Hay almas delicadas que se obligan por voto a hacer lo más perfecto. Esto nos descubre la tendencia de todo hombre hacia lo perfecto y también la dificultad para conseguirlo.

Según eso, debírase tener verdadero horror a la mediocridad.

Contentarse con cosas mediocres y vulgares es condenarse *a priori* al fracaso. La rutina lleva inexorablemente a la mediocridad.

A fuerza de dar siempre la misma asignatura, corre peligro el maestro de dar a la enseñanza una forma estereotipada y definitivamente estancada. Como el profesor viva de sus rentas y no renueve constantemente sus conocimientos a fuerza de trabajo, su enseñanza perderá mordiente y calidad.

El P. Faber, en su libro *Progreso del alma en la vida espiritual*, da como primer signo de progreso el descontento que siente el alma del momento presente y la aspiración por algo más elevado y mejor. Esto es igualmente cierto en el ejercicio de una profesión. El no estar nunca contento de sí mismo ni de la labor realizada, llevan necesariamente a perfeccionar el trabajo y los mismos métodos de trabajo.

La conciencia profesional impone al maestro una doble preparación, remota e inmediata, de aquello que enseña. La primera consiste en estudios reposados, lecturas hechas inteligentemente, un fichero de notas mantenido en orden y al día.

La preparación inmediata consiste en emplear un tiempo más o menor largo, horas antes de la clase, para recordar lo que se va a enseñar, y prever cómo se desenvolverá la explicación y la clase. Las improvisaciones valen muy poco. Si el profesor tiene facilidad de improvisación, se traduce en los alumnos en una pérdida de tiempo. La experiencia atestigua que la enseñanza es más interesante, más viva, más ajustada y más completa cuando la ha precedido momentos antes una preparación esmerada.

d) *Motivos sobrenaturales.*

Una última condición de la conciencia profesional para nosotros los cristianos es el espíritu de fe. Mirar nuestros deberes profesionales bajo el ángulo sobrenatural. Es la manera de obrar, para que nuestra vida adquiera volumen y solidez. Yo pienso que San José —que no era un obrero especializado— tendría una gran conciencia profesional, porque trabajaba bajo la mirada de Dios, en las cosas múltiples y distintas que le encargarían, como carpintero de un pueblecito. Tendría que saber de todo, entender de todo, arreglarlo todo. San José pondría en ello toda su alma.

Al fin, la educación no es sólo para el maestro cristiano una ciencia, ni un oficio; es una vocación, un apostolado, que forja hombres para el mañana y cristianos para la eternidad.

Con frecuencia el automatismo de la vida nos convierte en peones de la tierra, y en nuestro quehacer de educadores nos disminuimos, nos desilusionamos. Olvidamos rectificar nuestra mira de lo sobrenatural, y por eso fallamos más de una vez la diana del ideal.

3.—ENEMIGOS DE LA CONCIENCIA PROFESIONAL

No dudo en señalar como enemigo número uno de la conciencia profesional, *la pereza*. Los maestros suelen combatir con energía la pereza intelectual de sus alumnos. No harían mal si combatieran también en ellos mismos cierta inercia intelectual, una falta de gusto y apatía ante los elementos que constituyen la cultura del espíritu. "*Intellectum valde ama*", solía decir San Agustín a sus monjes; "*ama mucho el trabajo intelectual*". Es, en efecto, la actividad característica del hombre, y todo lo demás está condicionado a esta actividad; incluso la vida espiritual, la vida interior.

A veces la pereza intelectual toma formas que dan la impresión de verdadera actividad. Por ejemplo, la futilidad y la dispersión de espíritu. En vez de concentrar la atención en algo y seguirlo con perseverancia, es uno víctima de cualquier atracción. Se tiene el alma demadejada en multitud de hilillos que la llevan y la traen. El corazón es así una plaza pública, donde tienen asiento toda clase de comidillas, y mil y mil afectos y entretenimientos.

Así, al azar, se ojea una revista ilustrada, tal vez se lea algún artículo, se mariposea en el periódico, ya que no se puede vivir hoy a espaldas del acontecer en el mundo actual. Pero hay maneras de hacerlo con provecho, sin que produzca una dispersión de espíritu, contraria a la reflexión y a la concentración. La diversidad de artículos, la confección misma del periódico con la publicidad llamativa, el aldabonazo de los grandes titulares de noticias, todo se concita para distraer el alma (1).

Ensayad, recordad lo que queda al cabo de una semana de la lectura del periódico. Casi nada. Además suele ocurrir que los artículos de más fuste, los más ricos en contenido e intención, son poco leídos, por la precipitación y superficialidad con que se lee el periódico.

Por la riqueza del sonido y la plasticidad de la imagen, la radio y la televisión son dos elementos formidables de cultura, pero también dos enemigos peligrosísimos del recogimiento y del recato espiritual, tan necesarios para realizar cualquier trabajo intelectual.

El mariposeo es la herejía de los hombres de acción. ¡Qué poco se piensa, qué poco se medita! A veces, repentizando y sobre la marcha, se dan soluciones impensadas o poco pensadas a problemas graves.

(1) "... Et cet homme qui croit vouloir penser et parvenir à la lumière, permet à la perturbatrice de tout silence, à la profanatrice de toutes les solitudes, à la presse quotidienne, de venir chaque matin lui prendre le plus pur de son temps, une heure ou plus, heure enlevée à la vie par l'emporte-pièce quotidien, heure pendant laquelle la passion, l'aveuglement, le bavardage et le mensonge, la poussière des faits inutiles, l'illusion des craintes vaines et des espérances impossibles vont s'emparer, peut-être pour l'occuper et le tenir pendant tout le jour, de cet esprit fait pour la science et la sagesse" (GRATRY, *Les Sources*).

Otra forma de la pereza intelectual es la negligencia y la falta de curiosidad. Es propia de los despreocupados. Los que adquirieron mal que bien un mínimo de conocimientos para salir del paso. Son los maestros que se confían en el libro, careciendo por eso su enseñanza de mordiente y estímulo. Son estos hombres que parece que han nacido cansados, o que han envejecido a destiempo; que encuentran tan usadas las cosas de la vida, que apenas si despiertan en ellos ilusión alguna. No se asoman a los libros, no beben en las revistas —avanzadillas del saber y del pensamiento—, se contentan con lo que aprendieron cuando estudiaron su carrera. Son como fuentes de caudal débil, hilillo de agua, que no se secan, pero que resultan desesperantes cuando hay que llenar en ellas un cántaro.

Señalaré todavía otra forma de pereza intelectual: el activismo desorbitado.

Una actividad externa desmesurada va en perjuicio de la vida interior y de la actividad intelectual. Un educador es un obrero intelectual, y por tanto la mayor parte de sus afanes deben estar en torno a los libros. Pero, ¡cuánto cuesta abandonar las superficies, para hundirse, pensar, meditar, estudiar! Por eso se buscan y se justifican cuantas evasiónes puedan producirse.

Activismo de los temperamentos extravertidos que olvidan el cultivo personal que debe fecundar toda actividad exterior. Activismo que es el “cáncer de los hombres de acción” (Card. Mermillod), que acaba por inutilizarlos y consumirlos. Es un peligro que acecha sobre todo a los jóvenes, y que se presenta con el manto obsesionante de las obras: hacer, hacer... Es el señuelo de las almas generosas, pero incautas.

Como remedio a todos estos males, solamente propondría una *organización seria y concienzuda del trabajo intelectual*. Enunciaré cuatro principios:

1. El maestro debe continuar durante toda su vida formándose y aumentando su competencia. El que diga “basta, ya está bien”, le sucederá lo que San Bernardo aplica a la vida espiritual: retrocederá. Es tanto como renunciar a todo progreso.

2. Tener siempre entre manos algún trabajo preciso. Que en el reglamento personal no queden huecos inactivos en los que uno no sabe qué hacer (2).

3. Correspondiendo a los estudios que uno hizo, conviene tener una lista bibliográfica, para investigaciones personales y lecturas provechosas.

4. Nunca debe hacerse un trabajo intelectual sin tomar apuntes y notas; no se quiera confiar todo, alegremente, a la memoria.

(2) El Cardenal Wiseman escribió, en lo que llamamos tiempos perdidos, la obra por todos conocida, *Fabiola*.

4.—LA CONCIENCIA PROFESIONAL DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIAL

a) *La unión de los esfuerzos de todos.*

No debiera olvidarse nunca que el hombre es un ser fundamentalmente sociable, y por tanto que forma parte, quíerese o no, de una comunidad, de un cuerpo social. Y que en este cuerpo, todos y cada uno son miembros solidarios.

La mala salud espiritual, la minusvalía intelectual, la falta de conciencia profesional de un miembro influye en la sanidad social del conjunto. La manera de obrar de cada uno repercute directamente en el cuerpo social, acrecentando o disminuyendo el acervo común. Si es un miembro sano de la familia el que trabaja, naturalmente produce y gana; pero si el miembro está enfermo, entonces hace sufrir y gasta, porque necesita de médico y farmacia.

Un maestro solamente con su presencia pesa decididamente en la sociedad a que pertenece: en su clase, en su colegio, en su ciudad, en su nación, en el mundo. Es elemento activo o para el bien o para el mal.

Ordinariamente un maestro trabaja en equipo, vinculado al quehacer de una escuela o de un colegio. Así su esfuerzo no solamente se suma al de los demás, sino que se multiplica. La unión es garantía de prosperidad y de éxito. Pero la unión no se realiza sin el sacrificio continuo de uno mismo. "El que pierde su alma la salvará", ha dicho el Señor. En otros términos, sacrificarse por los demás es la forma más bella de engrandecerse a sí mismo y de vivir con plenitud una vida.

Hay un cuadro simbólico de un pintor de la Escuela Holandesa, que representa a un hombre de pie, mirando con aire meditativo una vela encendida sobre una mesa. No es nada, pero debajo del cuadro se leen estas palabras melancólicas y profundas: "Aliis inserviendo consumor": me gasto sirviendo a los demás. Consumir una vida al servicio de los demás es el ideal bellísimo del educador: trabajar primeramente por alcanzar él mismo, en su persona, la perfección humana y evangélica; y gastarse después en el servicio de los demás, procurándoles idéntica perfección. Los dos objetivos son prácticamente inseparables.

b) *Sentido de la justicia.*

Desde el punto de vista de la conciencia profesional, el sentido de la justicia entraña la total entrega del profesor a sus alumnos y a la obra de educación donde trabaja. Todo Centro de educación promete a quienes a él se confían enseñanza y educación esmeradas. Existe, por tanto, con los alumnos y sus familias un compromiso serio, y hay obligación moral de dar lo que se promete.

¿Qué debe dar un profesor a sus alumnos en estricta justicia? ¿Solamente su presencia? No, pues es maestro. ¿Acaso una enseñanza fría y fatigosa? Tampoco, ya que es un despertador de almas. ¿Tal vez la preparación esmerada de unos exámenes para la obtención de algún diploma? Pobre contribución la del maestro, si su misión se redujera solamente a eso. El maestro no es un preparador de exámenes, es un educador y es un apóstol. El maestro ama a sus alumnos, y este amor implica una entrega total a ellos. Pero no nos atengamos rigurosamente a la justicia que pide el Cuarto Mandamiento en las obligaciones de los padres con sus hijos, y de quienes hacen de padres, como son los maestros con sus alumnos. La caridad y el amor van más allá de los límites de la estricta justicia. El concepto elevado que los chicos tienen del maestro, y la estima que les inspira la obra educadora hacen que la entrega a los niños o jóvenes se haga sin reservas y sin medida.

c) *Mística de la vocación del educador.*

Hoy se habla de la mística a propósito de todo. Mística de la guerra, mística de la paz. Mística del comunismo o de otra doctrina política o social cualquiera. Mística de la religión. Mística de la educación y del apostolado.

Sacrificarse por una mística significa tener un ideal que se va elevando hasta lo absoluto, hasta Dios. Por eso no hay más que una mística pura y sana, que es la mística, que por uno u otro camino, tiene a Dios como fin. Las demás místicas quedan al nivel humano, a ras de tierra, con peligro de crearse un ídolo: la humanidad divinizada. Solamente la mística religiosa eleva al hombre hasta Dios.

Mística del alma contemplativa de vida pura y limpia que la aproxima a los ángeles. Mística del misionero que le lleva a trabajar lejos de su familia y de su país a costa de cualquier sacrificio. Mística de la caridad que lleva a tratar con dulzura en hospitales y lazaretos todas las miserias humanas. Mística del educador apóstol que no es mero profesor que mercantiliza unas enseñanzas. Ni siquiera maestro que siente el placer de descubrir y dirigir inteligencias y vidas, sino que eleva su ideal mucho más alto, recordando las palabras del profeta Daniel: "Los que lleven a otros a la justicia y a la santidad brillarán como estrellas durante toda la eternidad."

Aún más. Un alma no realiza plenamente su destino sino en la medida que ayuda a los demás a acercarse a Dios, a unirse con Dios. Esta es precisamente la obra del educador apóstol.

Nunca apreciarán ni amarán demasiado los educadores su vocación: El Señor dijo a María Magdalena que había escogido la mejor parte. Los educadores han escogido también la mejor parte; la mejor, no en sentido relativo, por comparación con otras vocaciones, sino la mejor en sentido absoluto. Es decir, que su vo-

cación tiene por objeto directo a Dios a quien va, y a Dios a quien encamina a los niños y jóvenes que le han confiado.

d) *El sentido del bien común.*

Manteniéndonos siempre en el plano social, un educador no puede perder de vista el bien común. Debe procurarlo por todos los medios a su alcance. No puede siquiera circunscribirse a su pequeño círculo de acción. Tiene que ampliar indefinidamente su radio de influencia.

Dice un proverbio danés: "Si cada uno barriera delante de la puerta de su casa, toda la ciudad estaría limpia." Que es tanto como decir que si cada uno cumpliera bien sus obligaciones, algo mejor iría el mundo. Interpretando el proverbio en sentido restringido, diríamos: "yo a lo mío y tú a lo tuyo; del conjunto no hay que preocuparse". "Caveant consules": hay jefes, hay encargados de gobierno, existe personal directivo que tiene esa misión. Que ellos se preocupen de los demás y del bien común.

A quienes razonan así, no puede pedírseles nada de ámbito comunitario. Son egoístas y vividores. No puede esperarse de ellos un trabajo suplementario, iniciativas de sentido progresista, participación y colaboración para trabajar en equipo. Critican. Dentro de su esfera, son los legalistas y puritanos. Es difícil la inteligencia con ellos.

En determinadas fábricas se han puesto en lugares estratégicos "buzones de ideas". Todos los obreros y empleados están invitados a depositar en ellos sus sugerencias. Un profesor de la Universidad de Michigan hizo a este propósito una encuesta en 26 empresas. El número de sugerencias aceptadas y puestas en práctica por la dirección de estas empresas oscilaron entre el 25 por 100 y el 56 por 100. Esto es participar y trabajar por el bien común.

Es una pena que con frecuencia se pierdan tantas iniciativas, porque no se conocen y porque no se exponen.

e) *Iniciativas y sentido de progreso.*

El maestro consciente de su misión y, por tanto, con auténtica conciencia profesional busca las mejoras y el progreso.

"Los grandes principios de la educación y de la enseñanza no varían; pero la aplicación de esos principios, así como los métodos, tienen forzosamente que acomodarse a las necesidades y exigencias de las sociedades humanas. Admitir la inalterabilidad absoluta de las formas y de las materias de enseñanza sería limitar a un tiempo muy corto los servicios y aun la existencia de un Instituto dedicado a la educación." (*Const. S. M.*, art. 277.) El P. Chaminade, fundador de la Compañía de María (Marianistas), al redactar este artículo; buscaba un régimen progresivo. No quería que la Compañía se

obstinara en métodos caducos no aceptables a las necesidades de cada época.

Sin embargo, hay que obrar con prudencia y no postrarse reverentes ante cualquier innovación. Es peligroso vivir en perpetua inquietud. Está bien "el aggiornamento" en los métodos educativos, y a ello hay que tender constantemente; pero sin que interese tanto el presente, y tanto inquiete el futuro, que olvidemos totalmente el pasado.

En los métodos de educación hay que distinguir una parte estática y otra dinámica. Forman la primera los elementos permanentes, los grandes principios de la educación, que no deben ser modificados, a menos de poner en trance de ruina todo un sistema. La parte dinámica la constituyen los elementos de progreso, de invención, de iniciativa. Antes de introducir reformas conviene ir con cautela, pero sin miedo, con experiencias parciales.

Parecerá que voy descarriado, fuera de tema. En realidad, es que el educador que tiene conciencia profesional debe contribuir no solamente a la marcha de la corporación en la que está encuadrado, sino al mejoramiento y realce en el campo de la educación y del apostolado con su impulso y con sus iniciativas.

CONCLUSIÓN

Una de las grandes lacras sociales actuales es la poca conciencia profesional en casi toda la gama del quehacer humano. Es consecuencia de la materialización de la vida; se busca no la perfección de la obra, sino el mayor rendimiento económico.

Dentro del marco docente y educativo, también se dan en profesores y en Centros deficiencias a veces graves, de poca conciencia profesional. Con demasiada frecuencia se oyen casos verdaderamente flagrantes. Ciertamente que la vida familiar y social se complica cada vez más. Por otra parte, la sociedad no aprecia ni valora la labor docente y educadora. No comprende que la educación, la formación técnica y humana del hombre y de la mujer del mañana cuestan muchos sacrificios, muchas renunciaciones y muchísimo dinero. Y como contrapartida, basta observar la escasez de medios económicos en que se desenvuelven los Centros de educación, y quienes por vocación consagran su vida a la docencia. Ello hace que muchísimos profesores no puedan entregarse con dedicación plena a la labor educadora, o aumenten sus horas de trabajo más allá de lo aconsejable al buen rendimiento. Todo esto va en perjuicio del cultivo personal a que está obligado todo profesor, y a la atención constantes que de él requieren los alumnos.

Sin duda alguna, son los Centros docentes regidos por Congregaciones religiosas —considerados así globalmente— donde la conciencia profesional individual y colectiva es más alta y acusada. Cuentan a su favor con poderosos medios de organización de régi-

men interno, difícilmente superables por cualquier otra organización seglar similar.

La misma vida espiritual, más cuidada, empuja a los religiosos a rectificar constantemente su línea de acción por la pureza de intención. Y cuando se trabaja por amor a Dios y bajo su mirada paternal, es obligado que se busque la perfección en lo que se hace.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA
SALAMANCA

RECTOR MAGNÍFICO

En cumplimiento de lo preceptuado en el art. 28, párrafo 5.º de los Estatutos Generales de esta Universidad, y en el art. 14, párrafo 1 de los Estatutos por los que se gobierna el Instituto Pontificio San Pío X de Ciencias Religiosas, por las presentes se abre concurso público para proveer en el mencionado Instituto Pontificio San Pío X, anejo a esta Universidad Pontificia, las seis cátedras que a continuación se expresan:

- Una de Teología Dogmática especial (I curso).
- Una de Teología Dogmática especial (II curso).
- Una de Pastoral Catequística (I curso).
- Una de Teología Moral (II curso).
- Una de Psicología general (Propedéutico).
- Una de Metafísica (Propedéutico).

Quienes, reuniendo las condiciones legales, deseen concurrir a alguna de dichas cátedras, pueden enviar a este Rectorado en el plazo de dos meses que corren a partir del día de hoy, la solicitud correspondiente acompañada de su «curriculum vitae» y de la relación de méritos científicos que deseen alegar.

Publíquese esta convocatoria en las revistas de la Universidad y en otras revistas a tenor de lo establecido.

Salamanca, 10 de diciembre de 1965.

EL RECTOR MAGNIFICO,
TOMÁS GARCÍA BARBERENA

P. RAFAEL LÓPEZ DE MUNAIN, o. f. m.

Secr. Gen.